



# ARENAS CARNÍFICES

## TOMO III

# ABOLENGO DE DRAGONES

Fermín M. Romero Suárez

# Arenas carnífices

Tomo III

Abolengo de  
dragones

Fermín Romero

Primera edición: Enero de 2026

© Copyright de la obra: Fermín M. Romero Suárez

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 979-13-990974-7-4

Código ISBN digital: 979-13-990974-8-1

Depósito legal: B 21170-2025

Corrección: Teresa Ponce Giménez

Diseño y maquetación: Selene Oramas García

Edición a cargo de M<sup>a</sup> Isabel Montes Ramírez

© Angels Fortune Editions

[www.angelsfortuneditions.com](http://www.angelsfortuneditions.com)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

# Prólogo

Ha pasado casi un año desde el ataque masivo de los mohades. La petición de auxilio para su pueblo del capitán misdano Galdas permitió a los reinos del oeste prepararse para la inminente guerra. Tanto el rey Doramas de los humanos como el rey elfo Vianor ofrecieron acoger en sus fronteras a los refugiados misdanos. Mientras las tres razas aliadas se preparaban para la defensa, la dragona plateada y reina Luznary partía en busca de la ayuda de su pueblo. El príncipe Lucian y su esposa Ignia, una dragona roja, viajaron acompañando al capitán Galdas hasta el campamento escondido en las montañas, donde un concejo de senadores gobernaba a su pueblo, para hacerles su ofrecimiento oficial de ayuda. En el trayecto, descubrieron unas asombrosas criaturas llamadas fénix, y por intentar salvarlas, la princesa se encontró en peligro de muerte. El príncipe Lucian averiguó que su esposa estaba embarazada, y el miedo a perder a su esposa e hijo despertó en él la magia oculta en su interior, obrando el milagro de transformarse en un dragón negro para salvarlas. Al llegar al campamento, un senador discrepante llamado Adal, que odiaba a Galdas y a su hermano Uriel, por ser los últimos descendientes del linaje real, manejaba el senado a su antojo. Consiguió que el capitán y sus acompañantes fueran detenidos y condenados a ser entregados a los mohades como ofrenda de paz. Uriel liberó a su hermano y a sus amigos, y estos emprendieron la huida hacia el oeste, acompañados por la mitad del pueblo, que confiaba en su palabra y ofrecimiento de un nuevo comienzo. Uriel fue condenado por dejarlos escapar, y Galdas y sus amigos volvieron atrás para intentar rescatarlo. No lo consiguieron, pero en el trayecto encontraron nuevos aliados en dos manadas de dragones rojos. Todos juntos regresaron al reino de Gromm, donde el rey refrendó el ofrecimiento hecho por su hijo a los refugiados misdanos, y a los clanes de dragones rojos. Fue la presencia de estos últimos lo que provocó discrepancias en la alianza, negándose los enanos y dragones blancos a pelear junto a ellos. Sin haber conseguido resolver la disputa, se produjo el ataque masivo de las tribus mohades a todos los reinos al unísono. La situación era comprometida para casi todos ellos, y solo una acción de valor por parte de Iljessia y los suyos consiguió quebrar la estrategia mohade y que los ejércitos que asediaban las ciudades debieran retirarse uno tras otro.

# CAPÍTULO 1

## Las ascuas de la guerra siguen encendidas

—El explorador, que por suerte montaba un grifo, se internó un poco más de lo acostumbrado en el desierto —comenzó a relatar Guaya—. Fue entonces cuando, desde detrás de una duna, apareció una serpiente gigante con jinete y le atacó. Desde que se mostró, el jinete de la serpiente le gritó y amenazó con su lanza, y se dirigieron en línea recta hacia el explorador, escupiéndole la serpiente su corrosivo veneno. El jinete del grifo tuvo los reflejos suficientes para apartarse a un lado y esquivar el ataque. La serpiente siguió acercándose a él de manera temeraria. El grifo y su jinete eran combatientes veteranos, así que le dejó aproximarse, y cuando estuvo a la distancia adecuada, ejecutó un giro lateral de trescientos sesenta grados al tiempo que avanzaba. Al finalizar la pируeta, se encontraban justo al lado de la serpiente, y el grifo pudo atacar con sus garras y pico. Primero, con sus garras delanteras, le sacó los ojos al reptil y, simultáneamente con su pico, le destrozó el pescuezo. Al mismo tiempo, el jinete misdano desenvainó su espada y, tras esquivar la lanza del mohade, se inclinó hacia su oponente y le cortó de un solo tajo la cabeza. Debemos preparar al ejército para ir al desierto y acabar con la amenaza de manera definitiva.

—Pero si aún no hace un año que logramos vencer a los mohades, ¿por qué queréis que nos embarquemos de nuevo en una guerra? ¿No será que deseáis vengaros? —quiso saber el rey Doramas.

—No es por venganza, majestad. Mientras ese pueblo se encuentre a nuestras puertas, nunca podremos estar seguros —argumentó la comandante.

—A pesar de vencer, las tropas de la alianza sufrieron muchas bajas, y en especial las de nuestro reino. No quiero involucrar a nuestro pueblo en una nueva contienda —explicó el monarca.

—Si no tomamos la iniciativa, y acabamos con la amenaza de una vez por todas, tal vez la próxima vez que regresen no tengamos tanta suerte. Y regresarán, podéis estar seguro —dijo con tono amenazante la misdana.

—No intentéis asustarme, comandante —la previno el rey—. Vos sabéis tan bien como yo que los mohades sufrieron muchísimas bajas en todos sus contingentes, y que es muy improbable que sean capaces de representar una auténtica amenaza en mucho tiempo.

—Eso es lo que suponemos, pero realmente no estamos seguros, amor —intervino Luznary—. No sabemos si enviaron a todas sus tropas o si parte de su ejército se pudo quedar en los campamentos. Tampoco sabemos si finalmente todas las tribus mohades se unificaron bajo el mando de Salim. Tal vez alguna permaneció al margen y ahora intenta aprovechar la situación de inestabilidad para destacar sobre las otras, o incluso sacar ventaja de nuestra debilidad.

—Luznary apoya mi argumento. No podemos confiar en que no seremos atacados. Debemos anticiparnos y atacar —insistió Guaya.

—Yo no he dicho eso —la corrigió la reina—. Considero que estamos queriendo tomar decisiones sin poseer información fiable sobre nuestros enemigos, y pienso que eso es un grave error. Os propongo enviar a varios grupos con la misión de espiarles, y así poder conocer de manera fiable sus intenciones más inmediatas, y el estado actual de sus tropas.

—Tienes razón, amor. Sin descuidar las patrullas y puestos de vigilancia hacia el este, considero que debemos seleccionar a los soldados que mejor se desenvuelvan en el desierto, y enviarlos a localizar y averiguar todo lo que puedan sobre los mohades. Una vez que conozcamos datos fiables, tomaré la decisión de cómo actuar. No antes —sentenció el rey.

—Sin querer menospreciar a vuestros hombres —dijo la comandante molesta—, creo que los más adecuados para la misión que proponéis son mis propios compatriotas.

—Dejo la elección de los soldados a vuestro criterio —concedió el monarca—. Vos conocéis mejor que nadie a las tropas destinadas en la frontera del desierto.

—Dejemos la política por hoy —pidió la dragona plateada—. ¿Cómo se encuentra vuestro hijo?

—Está perfecto —dijo Guaya algo más relajada—. Los míos lo ven como su futuro líder, y eso me garantiza que está bien cuidado, aun cuando yo debo dejarlo por las obligaciones del cargo.

—Me alegra oírlo. Vayamos a ver a los príncipes y a mi nieto. Se alegrarán mucho de veros —solicitó la reina.

Salieron del salón del trono, y se dirigieron hacia la zona de los aposentos de la familia real. Antes de llegar a las habitaciones, vieron en una de las terrazas a los príncipes jugando con su hijo. Era un bebé de pocos meses, pero su mirada curiosa no perdía detalle de lo que hacían sus padres. Sus ojos eran de un color verde intenso, y la misdana miró inquisitiva a Luznary. La reina asintió y dijo:

—Estas en lo cierto. Probablemente, mi nieto es un dragón verde.

# Acerca del autor



Fermín Miguel Romero Suárez nació en la Vega de San Mateo, en Gran Canaria. Aquí cursó sus estudios e hizo sus primeros pinitos como escritor, un primer relato corto fantástico publicado en el periódico *El Centro*. Actualmente reside en la villa de Agüimes, de donde son originarios sus padres.

*Arenas carnífices* cierra la trilogía que inició con *Abolengo de dragones* y continuó con *Sínodo de llamas*.